

LA RELACIÓN MAESTRO-DISCÍPULO

Por TERESA CID

Universidad CEU-San Pablo (Madrid)

I. «COOPERADORES DE LA VERDAD»

Santo Tomás amó de manera desinteresada la verdad, la buscó allí donde pudiera manifestarse poniendo de relieve al máximo su *universalidad*, por eso ha sido denominado «apóstol de la verdad»¹. También es considerado el «teólogo del amor»², el amor constituye el hilo conductor de su obra cumbre, la Suma de Teología.

Como intentaremos mostrar, la íntima conexión entre la verdad y el amor es clave para entender qué significa educar como lo destaca Juan Pablo II, en la *Carta a las familias*: «¿En qué consiste la educación? Para responder a esta pregunta hay que recordar dos verdades fundamentales. La primera, que el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor. La segunda, que cada hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo. Esto es válido tanto para quien educa como para quien es educado. La educación es, pues, un proceso singular en el que la recíproca comunión de las personas está llena de grandes significados. El educador es una persona que «engendra» en sentido espiritual. Es una comunicación vital, que no sólo establece una relación profunda entre educador y educando, sino que hace participar a ambos en la verdad y en el amor, meta a la que está llamado todo hombre»³.

¹ JUAN PABLO II, *Fides et ratio* 44.

² J.J. PEREZ-SOBA, Prólogo en P. WADELL, *La primacía del amor*, Palabra (Madrid 2002) 10.- J.J. PEREZ-SOBA, «Amor es nombre de persona». *Estudio sobre la interpersonalidad en el amor en santo Tomás de Aquino*, PUL-Mursia (Roma 2001).

³ JUAN PABLO II, *Carta a las familias Gratissimam sane*, n. 16.

La fórmula «cooperadores de la verdad», de la tercera carta del apóstol san Juan (v. 8), es el lema que escogió el entonces cardenal Ratzinger, hoy Benedicto XVI, al ser consagrado obispo, lema que explica en su autobiografía: «me parecía que podían representar muy bien la continuidad entre mi tarea anterior y el nuevo cargo; porque con todas las diferencias que se quieran, se trataba y se trata siempre de lo mismo: seguir la verdad, ponerse a su servicio»⁴. En el prólogo de otra obra suya titulada precisamente *Cooperadores de la verdad*, observa que la frase expresa la participación de todos los creyentes en el servicio del Evangelio, así como la dimensión «católica» de la fe: «En esa expresión sencilla se manifiesta el entrelazamiento de la verdad y el amor, de la fe personal y la catolicidad de la Iglesia»⁵.

Sirve para expresar lo que constituye la *tarea del obispo*: es «cooperador», es decir, no interviene en nombre propio, sino que está enteramente determinado por el «con», sólo cuando obra «con» Cristo y «con» toda la Iglesia de cualquier tiempo y lugar hace lo que tiene que hacer. El amor al que nos quiere llevar la fe viene de la verdad y lleva a la verdad. Por eso en esta sencilla fórmula *cooperadores de la verdad* «lo decisivo es la conexión de verdad y amor»⁶.

Pues bien, esta fórmula sirve para definir también al maestro, como lo advirtió san José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías⁷. En el *proemio* de sus Constituciones define al maestro como *cooperator veritatis*⁸. El insigne santo aragonés sintió como nadie la *universalidad del llamamiento de Dios a la verdad* y no podía resignarse a que los más pobres quedaran alejados de ella; sentía también la *universalidad de la verdad misma* y no podía consentir en ver fragmentada en verdad religiosa por un lado (piedad) y verdad profana por otro (letras). Una y otra se complementan en nuestro limitado entendimiento⁹.

En el concepto de maestro como cooperador de la verdad nos encontramos con una primera impresión de rebajamiento del maestro, no apa-

⁴ J. RATZINGER, *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*, Ed. Encuentro (Madrid 2005⁴) 157.

⁵ J. RATZINGER, *Cooperadores de la verdad. Reflexiones para cada día del año*, Rialp (Madrid 1991) 17-19.

⁶ J. RATZINGER, *Cooperadores de la verdad. Reflexiones para cada día del año*, o.c., 18.

⁷ Mientras los tratadistas de educación de su tiempo pensaban únicamente en la formación de príncipes y nobles como condición necesaria para una ordenación justa de la sociedad, san José de Calasanz, con una visión que salta por encima de varias generaciones, señala expresamente la educación del pueblo como fundamento del orden político y social.

⁸ *Constitutiones Scholorum Piarum*, Proemio III.

⁹ V. GARCIA HOZ, *La tarea profunda de educar*, Rialp (Madrid 1981⁵) 135 y ss.

rece con esa cualidad de superioridad emanada de la misma raíz de la palabra¹⁰. A juicio de V. García Hoz, san José de Calasanz sitúa al maestro en el plano justo: no como principal agente de la educación, sino como una causa subordinada a otra principal, colocándose así en la línea del *pensamiento tomista*, medular en el pensamiento de Calasanz. Su *originalidad* se encuentra en la definición misma de maestro, que nadie con anterioridad a san José de Calasanz había formulado¹¹. El maestro es un cooperador de la verdad. Ambos maestro y educando están al servicio de la verdad: el maestro sirve a la verdad cooperando en su aprehensión por el discípulo, y éste encarnándola en su vida, como norma objetiva para caminar.

Basta con que nos fijemos en la primera de las palabras, «cooperador», para que nos demos cuenta de que la función del maestro es una *función práctica*. El maestro no puede recluirse en el ámbito de su intimidad, ha de saltar las barreras de su propia persona para ir en ayuda de los demás. Sin embargo, en el maestro se da una peculiar vida práctica.

Como observa V. García Hoz, la vinculación de san José de Calasanz al pensamiento de santo Tomás resulta muy significativa para explicar su devoción por la verdad y la inserción de la función magistral en la vida práctica. Cuando santo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica* y en el *De Veritate de las cuestiones disputadas* se plantea el problema de si el acto de enseñar pertenece a la vida contemplativa o a la vida activa, responde *incluyéndola en la vida activa* de un modo predominante, aun cuando participa de la contemplativa.

En el pensamiento de santo Tomás la educación, que se realiza a través de la enseñanza, tiene dos objetos: la verdad conocida por el maestro y la palabra que éste utiliza para despertar o iluminar el conocimiento del discípulo. La esencia de la actividad magistral carga su acento precisa-

¹⁰ La palabra «maestro» deriva del latín *magister*: *magis* (más) y *stare* (estar de pie o parado). El reconocimiento de la preeminencia del maestro es de dominio universal: el nombre «Confucio», venerado en la China, equivale a «rey de los maestros». Los griegos reservaban el nombre de «maestro» para los filósofos más sabios: *didaskalon*, el que enseña la sabiduría; y en la República romana, se reservaba al magistrado que seguía en dignidad al dictador; también los judíos llamaban «maestro» a los hombres más eminentes; y al mismo Jesucristo, a quien se reconocía como hijo de Dios, le llamaron «Maestro»; en la Edad Media, al aparecer las Universidades, «maestro» equivalía a Doctor, el supremo grado docente. Es en el siglo XIX y XX, a partir del movimiento pedagógico inspirado en Rousseau, donde aparece un desdén manifiesto hacia la autoridad en el maestro. Cf. V. GARCÍA HOZ, *Sobre el maestro y la educación* (Madrid 1944) 11-19.

¹¹ V. GARCÍA HOZ, *La tarea profunda de educar*, Rialp (Madrid 1981⁵) 177.

mente en la palabra como signo que expresa el concepto el concepto interior. Mas la palabra se pronuncia para ser oída y en este sentido se convierte en acción exterior, por lo cual el objeto de toda enseñanza pertenece a la vida activa, aunque se recuerde que en cierto modo ha de participar también de la contemplativa¹². En cuanto cooperador, ayudador, auxiliador, es hombre de vida activa; en cuanto a la verdad con la que coopera, mira a la vida contemplativa¹³.

Cuando se habla del maestro como cooperador de la verdad, no se habla de la verdad como un apéndice de la acción, sino de ese otro profundo dinamismo que tiene como efecto la libertad del hombre: «la verdad os hará libres». Cooperar con la verdad es empeñarse personalmente en la empresa de liberar y hacer felices a los hombres.

En el concepto cristiano de maestro no se puede olvidar el problema que plantean las afirmaciones evangélicas sobre la atribución exclusiva del magisterio a Cristo: «Uno solo es vuestro Maestro: Cristo» (Mt, 23, 8-10; Lc 10, 16). ¿Qué sentido tiene llamar maestro a quien no sea Cristo? En sentido absoluto, nadie puede ser llamado maestro; con sentido analógico y ocupando una situación subordinada en el orden real, puede ser llamado maestro únicamente aquel que participe del magisterio de Cristo. Cristo es la Verdad, y el maestro es “cooperador de la verdad».

Cristo no hablaba de *poseer la verdad*, sino de *permanecer en la verdad*, de *pertenecer a la verdad*¹⁴. La verdad no es algo poseído por nosotros, sino algo que nos sostiene, no podemos hablar en términos absolutos de posesión de la verdad, sino de permanencia o comunión en la verdad. La verdad no es nuestra, y por eso no podemos negarla a nadie a quien con ella podamos ayudar, ni podemos negarla a ella misma. La verdad se acoge, se reconoce.

La postura del que se siente cooperador y no creador de obra propia le libra de caer en el orgullo fariseísmo de la *propia* verdad, la *propia* fe, el *propio* camino. Si el maestro es cooperador de la verdad, no podrá considerar a ésta como una posesión, sino como una realidad en la cual participa. El maestro, más que tener la verdad, está en la verdad; más que sen-

¹² Cf. V. GARCÍA HOZ, *La tarea profunda de educar*, Rialp (Madrid 1981⁵) 138.

¹³ Cf. J. PIEPER, *Introducción a Tomás de Aquino. Doce lecciones*, Rialp (Madrid 2005) 109.

¹⁴ La verdad a la que se refiere Cristo es una verdad existencial, esto es, al acontecimiento de la revelación por el cual quien le ve a El, ve al Padre (Jn 14, 7). Cf. J. Noriega, “El camino al Padre”, en L. MELINA-J. NORIEGA-J.J. PEREZ-SOBA, *La plenitud del obrar cristiano. Dinámica de la acción moral y perspectiva teológica de la moral*, Palabra (Madrid 20001) 166.

tirse en posesión de la verdad, se ha de sentir en comunión con ella; es decir, participando de algo que viene de más arriba.

La ventana no da luz; simplemente deja pasar la luz. Así debe ser el maestro. La metáfora es de san Agustín: «No es el maestro el que ilumina con su luz el alma del alumno. A la manera que alguien da luz a una casa abriendo sus ventanas, así el maestro, abriendo paso a la luz de la verdad, hace que sea la propia verdad la que ilumine el alma del alumno» (*Com. a los Salmos*, 118, 18, 14).

El que enseña debe escuchar al «maestro interior» nos dice san Agustín: «¿Por qué te agrada tanto hablar y tan poco escuchar? Andas siempre fuera de ti, y rehúas regresar a ti. El que enseña de verdad está dentro; en cambio, cuando tú tratas de enseñar, te sales de ti mismo y andas por fuera. Escucha primero al que habla dentro y, desde dentro, habla después a los que están fuera» (*Com. a los Salmos*, 139, 15).

2. ¿QUÉ ES EDUCAR?

Aristóteles ya advertía que toda vida humana espiritual nace del *asombro*, de la maravilla. Y san Gregorio de Nisa, escribe: «los conceptos crean ídolos, sólo el asombro conoce»¹⁵. ¿Asombro de qué? ¿Maravilla de qué? De la realidad: de que existe «algo» y no la «nada».

Así pues, si nos preguntamos en qué consiste el acto educativo, podríamos responder que educar significa *introducir en la realidad total*¹⁶. Como observa C. Caffarra¹⁷, introducir a la persona en la realidad significa ofrecerle una clave para interpretar humanamente la propia experiencia humana. La realidad está constituida por todas las experiencias que tejen la trama de nuestra vida. En ella la persona experimenta tres necesidades fundamentales: la de vivir, la de comprender, y la de amar y ser amado. La primera necesidad, la de vivir, no se puede tomar en sentido biológico, sino en el sentido de tener razones por las cuales merece la pena vivir. Por lo que al final las tres necesidades son una sola: la de vivir una vida buena, plena, con un sentido que lo unifica todo.

¹⁵ C. CAFFARRA, «La educación, un desafío urgente», en *Revista Humanitas*, n. 37.

¹⁶ J. A. JUNGSMANN, *Christus als mittelpunkt religiöser enzierhung*, Friburgo 1939. Cf. R. BUTTIGLIONE, *La persona y la familia*, Palabra (Madrid 1999) 49.

¹⁷ C. CAFFARRA, «La educación, un desafío urgente», en *Revista Humanitas*, n. 37.

En este sentido indica Robert Spaemann: «Educación para la realidad, ¿qué puede significar esto en último término?, ¿cuál es su meta? Su meta es que a una persona se le haga real lo real. No para toda persona es real lo real. Hay a quien las cosas y las demás personas se le aparecen no como ellas mismas, sino bajo el punto de vista subjetivo de lo agradable y lo desagradable, de lo útil y de lo dañino. Cuando algo —o alguien— se nos hace real en cuanto ello mismo ¿cómo llamamos a eso? Ahí hablamos de amor. El amor es el hacerse real del otro para mí. Educación para la realidad es, por tanto, otra forma de decir educación para el amor»¹⁸.

Una persona es introducida en la realidad cuando conoce la verdad y el valor de la realidad misma, cuando por este motivo saber dar una interpretación sensata de la misma. Introducir en la realidad significa proponer a la persona un «proyecto de vida» que es la única respuesta verdadera a la necesidad que la persona tiene de vivir una vida buena.

Conviene detenerse en la palabra *proponer* porque es una palabra clave. Proponer no significa simplemente «enseñar», porque la educación no significa solo instrucción. No significa “imponer”, porque la educación tiene como destinatario la persona que es un sujeto libre. No significa «neutralidad» en relación a cualquier proyecto de vida, porque el educador propone un proyecto de vida en cuanto tiene la certeza, sobre la base de la propia experiencia, que es la única respuesta verdadera a las necesidades del hombre. El educador cuando pretende ser neutral educa para la esclavitud, quien propone un proyecto educativo sin una íntima convicción de la verdad de aquello que propone, es un pésimo educador.

¿Qué significa educar para la vida en sociedad desde una perspectiva neutral? Educar para la tolerancia. ¿Qué significa? Que la alteridad, la diversidad es neutral: el hecho de existir los otros no tiene en sí mismo ningún significado. El otro es, y por tanto debe ser aceptado en su facticidad: cada uno «tolera» a cada uno. No tiene sentido preguntarse si lo que piensas es verdadero o falso: cada opinión y lo contrario de cada opinión tienen el mismo valor. ¡Deben respetarse todas las opiniones! ¡Reside en nosotros una pasión por la verdad que nos consume!

Sabido es que la propuesta educativa de la Iglesia no es neutral, enseña a distinguir la verdad del error, lo bueno de lo malo. No acepta en su propuesta educativa que el hombre «privado» se separe del hombre «pú-

¹⁸ Cit. en A. DE GREGORIO, *Por las huellas de la pedagogía del Padre Tomás Morales. Un idealista con los pies en la tierra*, Fundación Universitaria Española (Madrid 2007) 30.

blico», porque su propuesta educativa parte exactamente del presupuesto que la persona es un todo unitario. Obviamente, no hay educación donde no existe *autoridad educativa*. ¿Qué significa autoridad educativa? Si educar significa introducir a una persona en la realidad, ofrecerle una hipótesis para interpretar la realidad misma. Nadie ofrece lo que no tiene. No se puede educar sin estar en posesión profunda y vivida de una interpretación de la realidad, considerada como la única verdadera también sobre la base de la propia experiencia. Autoridad educativa significa posesión segura y vivida de una propuesta de interpretación de lo real, que se ofrece-propone para la verificación existencial de quien es educado.

Ahondemos más en el corazón de la relación educativa. ¿Qué significa que la persona necesita-pide ser educada? Significa que necesita-pide entrar en contacto con la realidad para sentir en la misma una Presencia que le dé la certeza de que vale la pena vivir, precisamente debido a esa Presencia. Educar significa introducir a la persona en la realidad de tal manera que se sienta como acogida por un destino bueno. De lo dicho se desprende que la educación puede ocurrir únicamente en el interior de una relación entre personas, en el interior de una “comunicación indirecta” que circula de “persona a persona”.

Hoy nos encontramos en una situación de *desierto educativo*¹⁹. Cada uno de nosotros es un *gran deseo* de justicia, de verdad, de amor, cuya realización se encomienda a la libertad humana. Tiene sentido hablar de educación porque este deseo anida en el hombre. ¿Y si se apaga el deseo en el corazón del hombre? Se apaga el deseo en el hombre cuando se introduce en su corazón la sospecha de que aquello que desea no existe: que *su deseo* no tiene sentido porque *carece de contenido*. Esto ocurre cuando se afirma que no existe una verdadera distinción entre justicia e injusticia, porque sólo existe la utilidad y el interés; cuando se afirma que no existe la verdad, sino únicamente opiniones; cuando se afirma que no es posible amarse verdaderamente y la relación entre personas sólo puede como configurarse como una coexistencia de egoísmos opuestos.

¿Y qué ocurre entonces en el corazón del hombre? Se extingue o al menos se obstaculiza profundamente el deseo. ¿De qué es peregrino el hombre? Peregrino de la nada. *Educación resulta imposible*. Tiene enormes consecuencias en la libertad: una libertad desarraigada de los verdaderos deseos del hombre, de sus «inclinaciones naturales» (santo Tomás), es

¹⁹ C. CAFFARRA, «La familia, lugar originario de la educación», en *Revista Humanitas*, n. 25

una libertad a la deriva. Esta disolución de la libertad en la mera elección genera en nuestros estudiantes y jóvenes un sentido de “cansancio espiritual”, lo que los padres del desierto llamaban «tristeza del corazón».

La cultura actual está dominada por la negación de esa relación originaria con la realidad: no existe una realidad para interpretar. Sólo existen interpretaciones de la realidad, sobre las cuales es imposible pronunciar un juicio de verdad, desde el momento en que éstas no se refieren a significado alguno. ¿Es posible educar en este contexto? Éste es el desafío que hoy se nos presenta. ¿Es posible volver a transmitir la pasión por la verdad, el gusto por la libertad, la alegría del carácter definitivo del don?

3. LA MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

La Universidad nació porque la fe consideraba posible la búsqueda de la verdad e impulsaba a esta búsqueda de tal modo que posteriormente requirió la extensión de su ámbito a todos los campos del conocimiento humano, naciendo así las distintas facultades»²⁰. La Universidad nació como *Universitas magistrorum et scholarium*, como se recoge en la hermosa definición de Universidad de Alfonso X el Sabio en la Ley de las Partidas como «ayuntamiento de profesores y estudiantes por el saber».

Desde sus orígenes está orientada a la consecución de un conocimiento científico de la verdad, de toda la verdad. Hacia un saber integral – *universitas studiorum*– en una estrecha relación humana entre alumnos y profesores. La Universidad no se encierra en particularismos²¹. Es *Universitas*, que abarca todo el hombre, toda la verdad acerca del mundo físico o espiritual. Su papel específico es fundir en síntesis materia y espíritu, civilización y cultura, ciencia y fe. Su esencia es abarcar la totalidad del hombre para conducirlo a la verdad total. El hombre nace para *conocer y vivir* la verdad²².

El objetivo de la Universidad no es únicamente conseguir la inserción en el mercado de trabajo, sino antes y sobre todo, la búsqueda de la ver-

²⁰ J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, BAC (Madrid 2005) 172.

²¹ Sin esta interdisciplinaridad corremos el riesgo de que las «alicortas y miopes visiones científicas» ocupen el ‘centro’ de la verdad, como Newman lo llamaba. Cf. P. POUPARD, *La universidad, creadora y transmisora de una nueva cultura al alba del III Milenio*, Universidad San Pablo-CEU (Madrid 2001).

²² T. MORALES, *Hora de los laicos*, BAC (Madrid 1985) 469.

dad, en esa relación única que se establece entre el maestro y el alumno, verdadera comunión de vida, «ayuntamiento», en las palabras del rey sabio. Decir Universidad es decir universalidad en el saber, la pasión por el conocimiento en toda su extensión.

La misión propia de la Universidad es la «diakonía de la verdad»²³, el servicio apasionado a la verdad. Colocar en el primer puesto el servicio a la verdad no es una simple cuestión metodológica; es una opción con enormes consecuencias. Significa *colocar en el centro* de la comunidad universitaria a la *persona humana*, dotada de capacidad racional y voluntad libre, que es quien experimenta el gozo por la verdad.

La *Universidad católica* tiene su *nota característica* en la primacía de la *formación integral de la persona* sobre la capacidad laboral. Esta formación integral recibía en los tiempos de santo Tomás el nombre de *sapientia*, es decir, de aquella forma superior de conocimiento en la que se integran los distintos saberes. Formación integral, *sapientia*, significa sobre todo el crecimiento como persona en todos los órdenes. Esta *paideia* cristiana constituye la dimensión católica de la universidad.

En todas las culturas la transmisión de la *sabiduría* se ha hecho siempre a través de la institución del *discipulado*: la relación *personal* con el maestro. La fuerza de este modo de enseñanza la ha reivindicado Max Scheler con su planteamiento del seguimiento del modelo personal. Este tipo de enseñanza requiere un elemento importante del que parece haberse olvidado nuestra cultura: *el tiempo*. No se ha de entender esta necesidad como un requisito exterior para una mejor transmisión de contenidos, medible por criterios de eficiencia. El tiempo es un factor imprescindible subjetivamente, por sustentar el proceso de maduración personal que es el modo propio de asimilación personal²⁴. Ambos elementos, la *relación personal* y la *permanencia* en la misma, es lo que destaca Aristóteles cuando afirma que sólo una persona madura puede ser sabia en cuestiones de ética, porque necesita la experiencia y ésta del tiempo²⁵.

²³ Cf. P. POUPARD, *La Iglesia ante los desafíos culturales de la postmodernidad*, Fundación Universitaria Española (Madrid 2001).- *Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana*, Universidad Católica San Antonio (Murcia 2001).

²⁴ Cf. J.J. PÉREZ-SOBA, «Un camino a recorrer: la enseñanza de la moral», en *La plenitud del obrar cristiano*, o.c., Palabra (Madrid 2000) 104.

²⁵ En cambio sí puede ser sabia en matemáticas una persona joven. Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicomáco* VI, c. 9: 1142 a 14-20.

3.1. La luz de la inteligencia

La verdad en la vida humana supone un *acto de reconocimiento*, esto es, una *aceptación interior*. La aceptación de una manifestación no es una mera idea, ni la certeza subjetiva, sino que requiere el *espacio interior de acoger a otro*, y no existe una verdad que no implique en sí misma el empeño de la persona²⁶. Es el primer paso en el que insistía san Agustín al tratar el tema de la verdad: «No vayas fuera, vuelve a ti mismo, en el interior del hombre habita la verdad»²⁷. La verdad es un misterio que se nos revela. Por tanto, la libertad, no nace de una indiferencia hacia lo exterior, sino que tiene que ver directamente con la responsabilidad de acoger una verdad que se manifiesta. La intimidad de la verdad reclama al mismo tiempo la trascendencia de la misma. Toda verdad incluye una llamada a salir de sí, como nos muestra el principio agustiniano de la *via interioritatis*: «y si ves que tu naturaleza es mutable, trasciéndete a ti mismo».

Como se nos dice en uno de los textos más citados en el magisterio de Juan Pablo II, *Gaudium et spes* 24, el hombre «no puede encontrarse a sí mismo, sino en el don sincero de sí». Es aquí en la manifestación de una verdad personal, donde la libertad y la verdad se implican mutuamente. Y la fuerza de la verdad, es entonces una fuerza de liberación. La fuerza de la verdad está en el crecimiento interior del hombre, en relación a su *vida*. El verdadero objetivo de la vida es el conocimiento existencial, integral de la verdad, la comunión con ella, la vida en ella.

La verdad no es producto del hombre. El hombre no la crea, sino que la reconoce. Decía hermosamente el cardenal Newman, más que abrazar yo la verdad, soy abrazado por ella. El hombre debe buscar la verdad y debe juzgar según esa misma verdad.²⁸ Una de las tareas fundamentales de la educación es «formar la conciencia» que es tanto como «hacerla objeto de continua conversión a la verdad y al bien»²⁹. «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). Estas palabras nos advierten del peligro de una libertad aparente, una libertad que no profundiza en toda la verdad del hombre (*Redemptor hominis* 12).

²⁶ Cf. J. J. PEREZ-SOBA, «La fuerza de la verdad», en AA.VV., Encuentros teológicos III, Centro de cultura teológica de Guadalajara, (Guadalajara 2003) 33-47.

²⁷ *De Vera Religione*, 39, 72. Cf. T. CID, «Verdad, alteridad, tolerancia», en *Cuadernos de pensamiento* 18, Fundación Universitaria Española (Madrid 2007) 146.

²⁸ JUAN PABLO II, *Veritatis splendor* 62.

²⁹ JUAN PABLO II, *Veritatis splendor* 64.

3.2. La educación del corazón

La Universidad tiene que *enseñar a amar*, así lo expresaba el cardenal Poupard, presidente del Pontificio Consejo de la cultura, en la lección inaugural que pronunció en la Universidad Católica San Antonio de Murcia, en el año 2001. Como imagen de Dios, que es Amor (1 Jn 4, 8), la vocación al amor es constitutiva del ser humano³⁰. La persona llega a la perfección en la medida en que ama. Cuando descubre que ha sido llamada por Dios al amor y hace de su vida una respuesta a ese fin. Reconocer y vivir en plenitud y vivir en plenitud la vocación originaria al amor es la raíz de toda moralidad³¹.

Al decir que la Universidad ha de ser enseñar a amar no nos referimos, como es obvio, a introducir cursos de preparación al matrimonio, o a las obras de voluntariado social. La educación al amor comprende una *dimensión mucho más profunda de la persona*. No puede ser algo añadido, sino el aspecto central de la formación en la Universidad, según la concepción antropológica cristiana.

Educar para el amor significa, ante todo, *colocar en el centro de la Universidad* el primer mandamiento: «*Escucha, Israel, amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser*»³², y el segundo, que es semejante a éste: «y al prójimo como a ti mismo»³³. Significa subvertir el orden de valores vigente, que privilegia al fuerte, al sano, al bello, en una palabra, a quien tiene, y margina sin piedad a quien no se ajusta al canon de nuestro tiempo³⁴.

³⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis* 10.- *Familiaris consortio* 11.

³¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España, n. 19, 29.

³² «Un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: ‘¿Qué mandamiento es el primero de todos?’. Respondió Jesús: ‘El primero es: *Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser*’. El segundo es éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*’. No hay mandamiento mayor que éstos’. El escriba replicó: ‘Muy bien, *Maestro*, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios’. Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: ‘No estás lejos del reino de Dios’. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas» (Mc 12, 28b-34).

³³ Cf. J.J. PEREZ-SOBA, «Amor a Dios y amor al prójimo», en *La Vía del Amor. Reflexiones sobre la Encíclica Deus caritas este de Benedicto XVI*, Ed. Monte Carmelo-Pontificio Instituto Juan Pablo II (Burgos 2006) 279-293.

³⁴ P. POUPARD, *Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana, Universidad Católica San Antonio* (Murcia 2001) 34. Hoy el Principio y Fundamento de los Ejercicios espirituales de san Ignacio (“El hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, y mediante esto salvar su alma”), podría trasmutarse así: “El hombre ha sido creado para tener mucho dinero,

Enseñar a amar significa aprender a liberarse de los obstáculos interiores que impiden la *escucha* y la *atención del otro*. No es casualidad que el primer mandamiento comience con un verbo que implica una actitud receptiva: «¡Escucha Israel!». Antes de hacer hay que escuchar, antes de amar hay que volver la mirada del corazón al otro y dejarse interpelar por ella.

Benedicto XVI, en un discurso a los profesores y estudiantes de las universidades pontificias de Roma³⁵, señalaba la importancia de una *educación en el silencio* «porque es necesario desarrollar la capacidad de escuchar con el corazón al Dios que habla [...] Nuestras palabras sólo pueden tener algún valor y utilidad si provienen del *silencio de la contemplación*, de lo contrario, contribuyen a la inflación de los discursos del mundo, que buscan el consenso de la opinión común».

Decía hermosamente el Padre Morales: «El hombre es corazón, capaz de amar, pero el corazón comienza en la cabeza, y la cabeza arranca del silencio»³⁶. Silencio para escuchar, y silencio para contemplar. «Contemplación» es una palabra de significación extensa, que abarca tanto el mundo natural como el sobrenatural. Como actividad natural, contemplar es considerar atentamente, con cuidado, examinar diligentemente. La contemplación, aun referida a los hechos naturales, tiene siempre un significado de nobleza respecto de otros tipos de actividades humanas. Intenta penetrar en la esencia de las cosas.

El valor pedagógico de la contemplación se ve con más claridad si se entiende en su más amplio sentido, es decir, una operación que se puede aplicar a cosas materiales poniendo en ejercicio las disposiciones propias del hombre. Del mismo modo que el amor divino y el amor humano se asientan en un solo corazón, el conocimiento divino y el humano se asientan igualmente en una sola inteligencia³⁷.

El proceso normal del conocimiento humano empieza en la actividad perceptiva que se ejerce a través de la mirada a las cosas y del escuchar la voz de quien nos enseña. El proceso de la contemplación se puede ver como un mirar, pensar y hablar con Dios hasta que se descubra la relación que cualquier cosa, persona o circunstancia tiene con el Señor de

ocupar puestos importantes, poseer mujeres bellas, y mediante esto, ser feliz en la tierra". (C. VALVERDE, «El sentido de la vida humana», Instituto de Humanidades Ángel Ayala CEU, 2005).

³⁵ BENEDICTO XVI, Discurso con motivo del inicio del año académico, 23-10-2006.

³⁶ T. MORALES, *Pensamientos*, (Burgos 1996) 889.

³⁷ Cf. V. GARCIA HOZ, *Ideas para educar*, Rialp (Madrid 2001) 35-48.

toda realidad. Y ése es justamente también el comienzo de la contemplación, mirar, pensar, y escuchar.

Las prácticas educativas corrientes tiene una enorme carencia por no atender a los dos aspectos de la contemplación que acabamos de señalar: la mirada, es decir, la atención persistente a lo que se quiere aprender con la reflexión personal para valorarlo, y el lenguaje del corazón, que incorpora todos los elementos racionales y suprracionales que operan, o pueden operar, en la personalidad humana.

Benedicto XVI subraya la necesidad de formar el corazón. El programa del cristiano «es un corazón que ve. Este corazón ve donde se necesita amor y actúa en consecuencia»³⁸.

3.3. *El amor es exigente*

El amor es verdadero cuando crea el bien de las personas y comunidades, lo crea y lo da los demás: «Sólo quién, en nombre del amor, sabe ser exigente consigo mismo, puede exigir amor de los demás, por *el amor es exigente* [...] Es necesario que los hombres de hoy descubran este *amor exigente*, porque en él está el fundamento verdaderamente sólido de la familia; un fundamento que es capaz de soportar todo. El verdadero amor, enseña san Pablo, ‘Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta’ (1 Cor 13, 4-5)»³⁹.

A amar se aprende, pero es un aprendizaje que duele. La pedagogía del amor es inseparable de la *mística de exigencia*, nota característica de la pedagogía del P. Morales: «El amor no consiste en sentimientos, siempre superficiales y pasajeros. Y menos aún en palabras. Su piedra de toque es el sacrificio, el olvido de sí»⁴⁰. Como observa A. de Gregorio en su espléndido libro sobre la pedagogía del P. Morales, la característica más sobresaliente de su pedagogía es «el *cultivo tenaz de la capacidad de amar*»⁴¹, es decir del olvido propio dándose a los demás.

Educación para la realidad es otra forma de decir educación para el

³⁸ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 31.- Cf. M.L. PRIETO, “Caridad y formación del corazón”, en L.MELINA-C.A.ANDERSON, *La Vía del Amor. Reflexiones sobre la Encíclica Deus Caritas est de Benedicto XVI*, Ed. Monte Carmelo-Pontificio Instituto Juan Pablo II, (Burgos 2006) 326-339.

³⁹ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, 14.

⁴⁰ T. MORALES, *Pensamientos*, 58.

⁴¹ A. DE GREGORIO, *Por las huellas de la pedagogía del Padre Tomás Morales. Un idealista con los pies en la tierra*, Fundación Universitaria Española (Madrid 2007) 53.

amor, decíamos más arriba con Robert Spaemann, y el amor es exigente. Así la pedagogía del P. Morales se ha calificado como pedagogía realista, pedagogía de las cumbres, pedagogía de la amistad “«alma a alma», pedagogía del amor⁴²: «Tienes que decir a cada uno: tú también eres amado de Dios. No sólo decírselo, sino portarte con él de modo que piense que hay en él algo de bueno, para que así despierte en él una nueva conciencia de sí. Esto no puedes hacerlo más que ofreciéndole tu amistad»⁴³.

La mejora es el objetivo último. Por eso la pedagogía de la amistad va unida a la pedagogía de la exigencia. «La amistad auténtica lleva la verdad, el amor, Dios mismo a los demás, pero sin concesiones, sin dejarse llevar de versatilidades acomodaticias, de deslealtades cobardes [...] Tus interlocutores inteligentes y avisados no confiarán en ti si coqueteas con la verdad haciendo concesiones al error. Quedarían defraudados. Esperaban el oro puro de la verdad íntegra y les entregas el oropel artificioso de las verdades a medias, errores camuflados que arrastran siempre a transacciones»⁴⁴. Su exigencia es un acto de fe en el educando: «Creo en la juventud, en sus posibilidades y más en la española. Este debería ser dogma de fe inmovible en medio del derrotismo y debilidades que defraudan a jóvenes que están esperando quien les exija para dar todo lo que encierran»⁴⁵.

El desierto educativo del que hemos hablado antes, la falta de educadores, fue el aguijón que lanzó al P. Morales a entregar lo mejor de sí mismo a la formación de los jóvenes: «Los jóvenes se encuentran huérfanos de educadores decididos a forjarlos [...] No la defraudemos. No tengamos miedo. Enarbolemos sin miedo bandera de auténtica santidad apostólica, como pide el Vaticano II»⁴⁶.

Así lo hizo él hasta el final vida entregada totalmente a la formación de los jóvenes. Sabía entusiasmarles con la verdad: «¿Qué es una vida llena? Un ideal, soñado en la juventud y realizado en la edad madura hasta la muerte. El ideal es entrega, trabajo amoroso, continuo, responsa-

⁴² Cf. L. JIMENEZ, *Un movimiento, unas obras, una misión*, Ed. Encuentro (Madrid 2000).- S. HEGARTY-B. DE ANCOS, *Gredos, cuna de un estilo de vida. Padre Tomás Morales, S.J.*, Monte Carmelo (Burgos 2004).- B. GAZAPO ANDRADE, *Tomás Morales, forjador de hombres. Aproximación a su estilo educativo*, Ed. Encuentro (Madrid 1997).

⁴³ T. MORALES, *Hora de los laicos*, 244.

⁴⁴ T. MORALES, *Hora de los laicos*, 242.

⁴⁵ T. MORALES, *Laicos en marcha*, Madrid 1984³) 28-29.

⁴⁶ T. MORALES, *Laicos en marcha*, Madrid 1984³) 28-29. Cf. T. CID, *Amistad y vocación a la santidad*, Ed. Horizonte (Madrid 2004).

bilidad siempre en ejercicio [...] Un gran ideal es un gran amor. El que tú buscas [...] Hasta ahora, como muchos jóvenes, has corrido el riesgo de tomar un gusano de luz por una estrella. Pero lo que tú buscas, lo que tú necesitas, es la estrella de un amor ilusionante. Graba en tu corazón, con hierro candente, al rojo vivo, el lema de la Universidad de Oxford: *Dios es mi luz*»⁴⁷.

Es el mismo programa que nos propone Benedicto XVI en su primera encíclica: «El amor es una luz –en el fondo la única- que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta encíclica»⁴⁸.

3.4. *La verdad y el amor*

Para hacer de la educación al amor un principio educativo es necesario superar la escisión, más aún, la contraposición que la cultura de nuestro tiempo ha establecido entre la verdad y el amor, entre libertad y verdad, entre sentimiento y razón. La unión entre verdad y amor, fruto de la inteligencia y el corazón es la sabiduría. Es un conocer saboreado, gustado, amado.⁴⁹

La sabiduría no es un mero razonamiento, es conocer y amar a Dios: «El que *escucha* mis palabras y las *pone en práctica* se parece al hombre prudente que edifica su casa sobre roca» (Mt 7, 24). La sabiduría está orientada a la verdad y, por lo tanto, al bien⁵⁰.

El amor y la razón deben aunarse como «los auténticos pilares de lo real: la verdadera razón es el amor, y el amor es la verdadera razón. En su unidad son el verdadero fundamento y la meta de todo lo real»⁵¹. «La verdad y el amor son idénticos. Esta proposición –comprendida en toda

⁴⁷ T. MORALES, *El ovillo de Ariadna*, Ed. Encuentro (Madrid 1998) 135-136.

⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 39.- Para el análisis del amor como luz en la encíclica *Deus caritas est*: J.J. PEREZ-SOBA, «La caridad: luz que ilumina a todo hombre», en *Cuadernos de pensamiento* 18, Fundación Universitaria Española (Madrid 2007) 13-31.

⁴⁹ L. REDONDO, «Verdad y amor, condición, objeto y método de la educación», en *Cuadernos de pensamiento* 18, Fundación Universitaria Española (Madrid 2007) 122-125.

⁵⁰ Cf. E. FORMENT, «La sabiduría del corazón y la crisis de la verdad», en *Cuadernos de pensamiento* 18, Fundación Universitaria Española (Madrid 2007) 59-83.- L. REDONDO, «Verdad y amor, condición, objeto y método de la educación», en *Cuadernos de pensamiento* 18, Fundación Universitaria Española (Madrid 2007) 107-131.

⁵¹ J. RATZINGER, *Fe, verdad, y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Ed. Sígueme (Salamanca 2006) 160.

su profundidad- es la suprema garantía de la tolerancia; de una relación con la verdad, cuya única arma es ella misma y que, por serlo, es el amor»⁵².

El amor y la verdad se exigen mutuamente, así lo recordó Juan Pablo II en la homilía de canonización de santa Teresa Benedicta de la Cruz, copatrona de Europa: «Sor Teresa Benedicta de la Cruz nos dice: “no aceptéis nada como verdad que esté privado de amor. Y no aceptéis nada como amor que esté privado de verdad. La una sin lo otro se convierten en una mentira destructora”»⁵³. No se puede optar por el amor en contra de la verdad, ni tampoco usar la verdad ignorando el amor. Ambas realidades exigen una respuesta armónica por parte del hombre. La síntesis entre verdad y amor se realiza en la vida de los santos, testigos de Jesucristo, que afirma de sí mismo «Yo soy la Verdad» (Jn 14, 6), y la Verdad, Jesucristo, da la vida por sus amigos como prueba suprema de amor (Jn 15, 13).

La Universidad es un lugar privilegiado para de la elaboración de esta síntesis, el lugar donde se forja, en el interior de la persona, la pasión por la verdad y el amor sin fronteras⁵⁴.

⁵² J. RATZINGER, *Fe, verdad, y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Ed. Sígueme (Salamanca 2006) 199.

⁵³ JUAN PABLO II, Homilía de canonización de Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz (11-10-1998).

⁵⁴ P. POUPARD, *Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana*, Universidad Católica San Antonio (Murcia 2001) 39.